

## Agradecimientos

*De Ignacio Miranda Benítez*

Al Dios de la vida, a mi esposa Lidys, a mis hijos Juan Carlos y Lorena Paola, a Adolfo Ruiz y a Zuly Pinedo. A mis nietos, Adolfo Miguel, Ana Sofía y Juan Ignacio, quienes día a día llegaban a desordenar la oficina donde desarrollé este proyecto.

A la familia, en general, que en los momentos difíciles de la pandemia por COVID-19 me acompañaron y alentaron para seguir adelante.

A Elías Henríquez Pardo, por regalarme muchas tardes en la terraza de su casa para introducirme en la historia de la grandeza del fútbol de Pescaíto y del Magdalena, y quien con sus relatos me llevó al olimpo del fútbol aficionado de Santa Marta.

A Rosario Piscioti Lara, nuestra primera correctora de estilo, por guiarme y estimularme a continuar en los momentos cruciales de este trabajo. Se fue antes de ver su obra. Vuela alto, mi amiga.

A Harold la «Cobra» Hernández, por sus valiosos aportes sobre el fútbol aficionado de Santa Marta.

A Carlos el «Pibe» Valderrama, por su participación decisiva para impulsar este propósito en el punto más álgido.

Al licenciado José Luis Villamizar, por las horas que pasamos en su hogar hablando de los grandes futbolistas del Magdalena.

A todos los jugadores, dirigentes, entrenadores y árbitros que proporcionaron su grano de arena para recopilar la bella historia de nuestro balompié a nivel nacional e internacional.

A los jugadores que pasaron por el torneo de Ciudadela 29 de Julio.

Al doctor Pablo Vera, por apoyar y alentar la publicación de esta obra periodística.

Al doctor Jorge Elías Caro, por su gran impulso al final de esta obra.

Al doctor Jaime Noguera, por su incansable amparo y voz de aliento.

A la Universidad del Magdalena, en especial al doctor Jorge Ortega, coordinador de Publicaciones, por acoger esta idea.

Gracias también por el invaluable respaldo de:

Joaquín Zorro Celedón, con su obra *El Fútbol del Magdalena, momentos estelares* (1987); y César Augusto Londoño y don Guillermo Ruiz, con su libro *La Selección: 1945 Mundial Rusia 2018* (2018).

Juan Ricardo Salas Zorro y Nando Flórez, por sus fotografías e imágenes pescaiteras.

Ricardo Tete Mieles, profesional especializado de la Editorial Unimagdalena.

Los periódicos *Hoy Diario del Magdalena* y *El Informador*.

David Ruiz Ureche, Luis Tovar Granados, Alfonso Lara Tamara, Alfonso López Carrascal, conocedor de la historia del Magdalena; William Gómez Polo, por su especial apoyo; Jairo «Papa» Pimienta, Armando Luis Lacera Rincón, Pedro Gutiérrez, Juan Assis, Ascanio Acosta y el licenciado Rafael Bermúdez Efer.

Como dice Walt Whitman: «Me canto y me celebro a mí mismo» por este esfuerzo de mucha enjundia de Ignacio Miranda Benítez para el mundo.

Por último, quiero agradecer profundamente al ginecólogo Armando Solano Gámez, quien, además de ser un experto profesional, es un amante del fútbol y del Unión Magdalena. Sin su decisivo apoyo, este libro no habría sido posible.

*De Alberto Camilo Blanco Jiménez<sup>1</sup>*

Agradecimientos a mi madre, en el cielo. En la tierra, a mi esposa y mis hijas, por toda la energía espiritual y vital.

---

1. Licenciado en Ciencias Sociales, especialista en Democracia y Derechos Humanos. Periodista de amplio recorrido en los medios locales y regionales como Radio Galeón, RCN y Fuego Estereo; columnista del periódico *El Informador* y corresponsal del Noticiero Televista de Telecaribe.

## Prólogo

*William Gómez Polo*<sup>2</sup>

El fútbol se bajó de los barcos ingleses que arribaron al puerto de Santa Marta a comienzos del siglo XX y puso los pies en el playón para dejar históricas huellas en Colombia. Justamente en esa zona de la ciudad, comprendida entre los terrenos hoy de la Aduana Nacional, la Sociedad Portuaria y la antigua estación del ferrocarril, dieron sus primeros pasos, carreras, pases, jugadas y goles los muelleros futbolistas durante aquellos partidos casuales con los marineros ingleses, quienes sin duda se convirtieron en los precursores de este popular deporte en Colombia.

El llamado balompié fue fomentado a placer por los socios del primer club deportivo que existió por estos lares, el Zamacois, cuyo destino, más temprano que tarde, sería convertirse en el Club Deportivo Santa Marta de los adelantados Gustavo Gnecco, Benjamín Arteta, Mario Olaciregui, Néstor Diazgranados, Roberto Visbal, Luis Bermúdez, Bambino Bermúdez, Ángel Núñez, Joaquín Juan Pepin, Manuel J. de Mier y José M. Diazgranados. Este primigenio club jugó en repetidas ocasiones contra los marinos del barco Tortuguero, sin árbitro y sin reglamento, pero con la infinita pasión por la práctica del novedoso deporte.

Luego de que el fútbol echara raíces en el playón, donde encontró un terreno fértil para crecer, había que darle urgentemente un manual de procedimiento que estipulara las reglas de juego. Ante esta necesidad normativa, el costarricense Marcelo Heymans —miembro del Club Zamacois quien, a la vez, laboraba en los ferrocarriles del Magdalena— recibió desde Londres un ejemplar del reglamento del *fútbol*. Este fue traducido por Luis Miguel Cotes, quien luego lo interpretaría y aplicaría, oficiando como juez de campo; por ello es considerado, y con toda razón, el Padre de los Árbitros en Colombia.

Por esa misma época, emergieron otras organizaciones deportivas como el Liceo Celedón, la Normal, Nariño y Sociedad Unión, clubes que a finales de la primera e inicios de la segunda década del siglo XX compitieron contra los tripulantes de las embarcaciones bananeras que provenían de Inglaterra.

---

2. Licenciado en Educación, periodista de gran trayectoria en la ciudad. Trabajó en medios de comunicación como *El Heraldo*, Radio Galeón, RCN, Emisora Atlántico, entre otros.

Una vez reglamentado, el fútbol comenzó a crecer como las sombras cuando se oculta el sol. Desde la histórica zona del playón, la pelota fue rodando al sector norte de la ciudad, y detrás de ella, varias cuadrillas de braceros del muelle samario. Lo mismo pasó con los distinguidos gerentes de los incipientes clubes deportivos, que encontraron su tierra prometida en la antigua hacienda La Castellana: allí se detuvo el balón junto con sus seguidores y se habilitó el campo de juego que llevaría para siempre el nombre de la mencionada heredad.

El esférico picó, y detrás de él, jugadores, dirigentes y simpatizantes que hicieron crecer el deporte, desarrollarse y arraigarse en la conciencia de muchos para marcar un hito en la historia de Pescaíto, Santa Marta y Colombia. Estos deportistas y dirigentes pueden considerarse, acaso sin saberlo, como los precursores del fútbol en Santa Marta y el resto del país, quizás atrapados por la pasión y los consabidos encantos de este flamante deporte que por aquellas calendas había causado enorme sensación en la ciudad.

Organizado por el gobernador del Magdalena de esa época, Rafael de Armas, el primer partido de fútbol oficial que se jugó en Santa Marta fue el 12 de octubre de 1914, entre el Deportivo Santa Marta y el Santander de Barranquilla. De ahí en adelante, la pelota seguiría en movimiento de manera ininterrumpida con grandes equipos como Sociedad Unión, Club Boyacá, San Lorenzo, Real Madrid, Piratas, Independiente, River Plate, Scotland, entre otros. Más tarde, algunos de ellos actuaron en el campeonato organizado por Juan Maiguel de Osuna y Luis López Castañeda, lo que se constituyó en la promoción de los más grandes jugadores del balompié colombiano. En este punto, es pertinente mencionar a los líderes que engrandecieron el deporte en la ciudad: Orlando «Colaco» Calero, Elías Henríquez Pardo, «Caballito» Atencio, Efraín «Pin» Llánéz Aponte, Simón Cotes Saban, Nel López Morales, «Chela» Mejía Cuello y Zulma Granados.

Tiempo después, el fútbol se extendería organizadamente por toda la ciudad, de tal manera que no quedaría un solo rincón de la Perla del Caribe donde no se jugara. Ningún dirigente deportivo de los barrios y corregimientos desaprovechó la oportunidad para adecuar canchas e instituir torneos que permitieran la práctica del deporte por parte de los niños y jóvenes, de suerte que esa masificación provocó altísimos niveles de competencia que llevaron al Magdalena a ocupar permanentes sitials de honor en las justas nacionales.

En la mitad de la década del setenta, Ignacio Miranda Benítez vivió todos esos episodios notables del fútbol samario y, después, en su condición de comentarista, disfrutó y promocionó por los medios hablados y escritos de entonces las fortalezas del fútbol del Magdalena. A estas alturas del partido, transcurridos cuarenta y cinco años de su relación periodística directa con nuestro acontecer deportivo —y precisamente en los tiempos críticos que atraviesa este deporte—, Miranda ha querido escribir sobre el trascendental recorrido del fútbol samario; de modo que se dio a la tarea de entrevistar a los protagonistas de aquella grandeza, con el objetivo de conocer las razones que condujeron al Magdalena a ser declarado potencia del fútbol nacional y, a la vez, expresar hoy los motivos por los que ha venido a menos, hasta el punto de no solo tocar fondo, sino de romperlo y caer en el momento más crítico del histórico balompié magdalenense.

## Capítulo I

### La crisis de fútbol del Magdalena

*Ignacio Miranda Benítez*

La actual crisis del fútbol del Magdalena está muy lejos de aquellos días de gloria, cuando nos paseábamos triunfantes por las diferentes canchas del país, donde nuestros jugadores eran apetecidos por los clubes del profesionalismo colombiano. ¿Qué pasó? ¿Por qué de la noche a la mañana algo tan bueno y abundante se vino abajo? ¿Cuáles son las circunstancias que han influido en esta hecatombe futbolística? ¿En qué punto se perdió la figuración que teníamos a nivel nacional? ¿Quedó atrás el respeto que nuestro fútbol despertaba? ¿Han desaparecido nuestras figuras nacionales e internacionales?

Más preguntas: ¿Dónde están nuestros dirigentes, otrora respetados en el concierto nacional y con figuración en los entes deportivos nacionales del país? ¿Por qué mermó el fútbol profesional de Santa Marta para convertirse en un ciclón de pueblo? Y, ¿por qué nuestro máximo escenario deportivo hoy se conoce, no por las grandes victorias de los últimos veinte años, sino por la estatua del mejor jugador de Colombia, Carlos Alberto Valderrama Palacio, más conocido como el Pibe? ¿Quién o quiénes tienen la culpa del fracaso futbolístico que se vive? Cuestiones que conforman el gran reto por resolver en la búsqueda de caminos y soluciones para recobrar la gloria perdida.

Arrancaremos con la génesis de nuestra historia futbolística para que usted, amable lector(a), se haga un juicio y saque sus conclusiones de por qué al fútbol del Magdalena se le vino la horrible noche, y de por qué a la fecha no aparece la luz al fondo del túnel que permita volver a soñar con un mejor presente.

No es la intención comenzar este relato abrogándonos el derecho de decir que por esta tierra ingresó el fútbol a Colombia, pero lo cierto es que desde 1909 ya se tenía en Santa Marta el reglamento del *football sport* que Marcelo Heymans recibió desde Inglaterra. También son múltiples los informes periodísticos que reseñan la llegada de barcos bananeros a la capital del Magdalena, tales como el Tortuguero, el Zent, el Reventazón y el Colorado, cuyos tripulantes ingleses jugaban fútbol en la playa con entusiastas aficionados samarios.

La primera gran victoria del fútbol del Magdalena fue en la ciudad de Cali, en el marco de los Juegos Olímpicos Nacionales de 1928, con la presencia de jugadores como Ricardo «Bolloe'yuca» Granados Llanes, Jacobo Wellman, Carlos Nery López, Juan Salas, «Lalo» Barliza, Guillermo López Russo, Nicolás Pimienta «Masca», Tomás Emilio Mier, Heriberto Guerrero y Angulo Duica. Ellos abrieron la senda del triunfo para conseguir nuevos éxitos a nivel nacional, tales como ser campeones olímpicos en Barranquilla (1935), Manizales (1939) y Bucaramanga (1942).

Con el empuje de un puñado de dirigentes deportivos, y por la invitación del doctor José Gnecco Correa, de esta base de jugadores se organizó en Santa Marta un club de fútbol profesional cuyo primer partido se jugó en el estadio Eduardo Santos, el 19 de noviembre de 1950. El deseo colectivo se cristalizó y, en 1951, el Deportivo Samario fue aceptado por la División Mayor del Fútbol Colombiano (Dimayor), siendo su primer entrenador don Moisés Ponce, gran dirigente del fútbol del Magdalena. Por desgracia, los malos resultados deportivos y una pobre capacidad económica hicieron que el conjunto tuviera una corta vida futbolística en el torneo profesional.

De la mano de un gran señor del deporte, don Eduardo Dávila Riascos, en 1953 apareció el Unión Magdalena, durante la sexta edición del profesionalismo colombiano. A nivel aficionado, y a pesar de las limitaciones de los escenarios deportivos, Magdalena lograría resonantes victorias, demostrando y posicionando la conocida *garra samaria* en el ámbito nacional gracias al surgimiento de grandes figuras. Y así como salieron jugadores destacados, aparecieron también extraordinarios dirigentes quienes, con su tesón y tocando las puertas necesarias, consiguieron el apoyo económico para respaldar esta empresa deportiva. La mayoría de ellos conseguía la financiación de sus campañas, y si no, sacaban de su bolsillo.

Un «dinosaurio» que vivió el comienzo de la grandeza del fútbol del Magdalena y que luego fue un descollante conductor de nuestro balompié es Elías Henríquez Pardo, compañero en esta investigación que buscaba respuestas a la pregunta: ¿por qué el fútbol del Magdalena está en crisis?

Henríquez Pardo, director técnico oriundo de Pescaíto y dirigente de esta disciplina durante las décadas del sesenta, setenta y ochenta, nos entregó sus apreciaciones ante el declive del fútbol del Magdalena mientras que señaló culpables:

Hoy el fútbol del Magdalena a nivel nacional es mirado con lástima. Es una crisis total. No tanto de jugadores, sino por la falta de dirigentes deportivos. El dirigente de hoy se preocupa más por el bienestar personal que por el deportivo, lo que no había antes. Anteriormente, el dirigente deportivo hasta el balde con agua le llevaba a los jugadores. Era un dirigente sacrificado para que el jugador estuviera bien en la cancha. Hoy, el muchacho, para jugar, debe llevar primero la plata del arbitraje; antes no se le cobraba esa plata al jugador. Segundo, para que el jugador tome agua en el entretiempo debe pagar quinientos pesos por la bolsa del preciado líquido. El jugador no tiene ningún estímulo ni el trato deportivo que se merece. El futbolista de hoy no tiene mística, no respeta al dirigente. Hoy no existe hermandad entre jugadores. Estos factores

fueron los que incidieron en lo grande que tenía el Magdalena, la famosa garra. Hoy no le metemos miedo a nadie.

Hasta el año 80 tuvimos una buena liga, pero la envidia de las personas que no aceptan que otros hacen las cosas mejor nos llevó a la situación actual. Antes los integrantes del comité ejecutivo éramos como hermanos, y todos nos colaborábamos y aprendíamos el uno del otro. Nos codeamos con la dirigencia grande de nuestro país, y eso hizo que nuestro balompié fuera respetado, tanto en la cancha como en el escritorio. Logramos llegar a los puestos de la Federación Colombiana de Fútbol, como es el caso de Nel López Morales, Russo y mío; incluso llegamos a ser partícipes de seleccionados colombianos, lo cual hoy no tenemos.

Los grandes responsables de esta situación son los dirigentes desde el 80 a esta fecha. Los que ayer me criticaban, hoy son mis mejores amigos, y dicen: «Elías le hace falta al fútbol del Magdalena». Eso no es cierto, tenemos buenos dirigentes, pero aquellas personas que hoy se benefician del fútbol no los dejan.

Edinson González Palacios «Robapollo», exfutbolista y técnico de la Escuela de Fútbol El Pibe Valderrama, afirmó:

Esta crisis tiene nombre propio: los malos dirigentes que tenemos y los directivos de la Liga de Fútbol del Magdalena. En los últimos tiempos, los actuales dirigentes les entregan las selecciones a entrenadores que no tienen la capacidad para dirigir, porque no es lo mismo ser entrenador de un equipo que ser técnico de una selección, y es por eso que estamos como estamos. Por ello, le pido a la prensa deportiva de Santa Marta que promocióne el pare de un año de participación en los torneos de [la División Aficionada del Fútbol Colombiano] Difútbol, para reestructurar bien el fútbol en nuestro departamento.

Otro exfutbolista que vivió la gloria de las victorias balompédicas de nuestro departamento a nivel nacional es Alfonso Cardona Sarmiento, entrenador de categorías menores en Santa Marta, quien nos dio a conocer sus conceptos sobre el estado actual del balompié samario:

La situación que sufre hoy nuestro fútbol tiene unos quince o veinte años. El fútbol del departamento debe ser intervenido, no queda otra opción si queremos mejorarlo. Hoy usted va a cualquier cancha de la ciudad y encuentra que cualquiera dirige, sin conocimiento, ni siquiera ha practicado esta disciplina. La culpa de esto la tenemos todos porque, de una u otra manera, hemos contribuido para llegar a la actual condición. El fútbol no es de recomendaciones, menos si la persona no tiene las actitudes y aptitudes; lo mejor es no recomendar; además, José María Salebe tiene la mayor responsabilidad en esta debacle.

Dos periodistas de extenso recorrido en el ámbito deportivo también nos entregaron sus apreciaciones sobre el desequilibrio de resultados que vive el fútbol samario. Uno de ellos, César Augusto Corbacho, declaró:

No podemos ocultar que esta crisis comenzó desde los ochenta, después de la gran selección que tuvimos con el Pibe a la cabeza; luego con una nueva victoria bajo la dirección de Jaime Deluque Barros. Nos vinimos abajo. Yo no catalogo esto como crisis, porque es un cáncer que no tiene cura. Es cierto que, en el actual comité ejecutivo de la Liga, con José Salebe a la cabeza, tienen gran culpa los técnicos y jugadores. Los primeros se entregan como cualquier prostituta y arman selecciones donde no hay calidad; luego los jugadores, porque no le ponen amor a la defensa de los colores del Magdalena, como lo hacían anteriormente, que le ganaban al Atlántico, al Valle, al Bogotá y al Antioquia en sus casas sin ningún problema.

El otro, Víctor Polo Rodríguez, quien transitó por mucho tiempo en el periodismo deportivo, opinó:

Dejamos de trabajar con la semilla, por eso debemos trabajar con escuelas formativas. El fútbol ha avanzado mucho. Los entrenadores se quedaron [...], hay que formarlos, darles las herramientas para trabajar, porque solo dependemos del talento de los jugadores. Otros departamentos que tienen menos capacidad individual que nosotros sí tienen herramientas y nos ganan en el trabajo colectivo.

A su vez, el directivo más cuestionado y actual presidente de la Liga de Fútbol del Magdalena, José María Salebe, entregó su punto de vista sobre la triste situación que atraviesa el fútbol del departamento:

Asumo la responsabilidad de los últimos resultados, pero yo estuve en Difútbol y desde allí ayudamos en todo al fútbol del departamento. Sin dudas tenemos dos cosas que mejorar, y el comité ejecutivo de la Liga de Fútbol del Magdalena se propone hacerlo. Debemos trabajar por conseguir un buen entrenador, ojalá sea de otra región u otro país. La otra es conseguir unos jugadores que tengan más compromiso en la defensa de los colores del Magdalena, jóvenes que en los torneos de la Liga vuelen, que no se escondan o asusten cuando de competencias nacionales se trate. En definitiva, todos somos responsables de esta crisis, y si no nos unimos y echamos para adelante, seguiremos con este bajón futbolístico.

*En Santa Marta levantas una piedra y sale un jugador de fútbol* es una frase que —acuñada por el destacado periodista y señor Joaquín el «Poeta» Sierra Silva— le dio la vuelta a Colombia, resumiendo en sí toda la grandeza del ayer futbolístico del Magdalena. En la actualidad, Santa Marta tiene más habitantes y menos escenarios donde practicar el deporte de

mayor aceptación en el mundo. Hoy, ante la escasez de canchas, se levanta una piedra y lo que sale si acaso es agua, que buena falta nos hace a los samarios. Sobre ese tema también hablaremos, y recordaremos con nostalgia los campos donde sábados y domingos se jugaban los grandes clásicos del fútbol aficionado del Magdalena, y de donde salieron nuestras monumentales estrellas del balompié nacional.

No queremos pontificar ni mucho menos creernos los portadores de la verdad absoluta; solo queremos dar a conocer la grandeza de nuestro fútbol, su ayer y su presente: brillantes dirigentes, canchas, torneos, deportistas, participaciones nacionales, convocatorias a selecciones Colombia. Todo como una manera de brindar alternativas de solución desde la mirada de los protagonistas y tratar de salir del valle en el que se encuentra sumido el fútbol del Magdalena desde hace muchos años.

Es momento de rendir homenaje a esas figuras que lo dieron todo por este deporte y por su terruño samario: los jugadores que nos brindaron alegrías, tristezas y también enojos; los dirigentes y los comunicadores, y todos aquellos que abrieron el camino para el reconocimiento ganado a nivel regional, nacional e internacional y que hicieron de Santa Marta la cuna del fútbol colombiano y de los mejores futbolistas de nuestro país. Por ello, invito a las personas aficionadas del Magdalena que leen este libro a reflexionar sobre cuáles han sido sus aportes al fútbol de Santa Marta y del departamento, toda vez que este ha cosechado tantas victorias y satisfacciones difíciles de comparar. Resulta una obligación colectiva construir juntos el camino que permita regresar al sitio de donde no debimos salir.

### **Puntos de reflexión**

A pesar de que hoy se encuentran jugadores samarios que militan en el fútbol profesional que han llegado a selecciones Colombia, pocos de ellos pueden dar detalles de su paso por el fútbol aficionado de nuestro departamento. Esto tiene una explicación. Anteriormente, nuestros futbolistas integraban una o dos selecciones en diferentes categorías y pasaban directo al equipo profesional, Unión Magdalena. Llegaban como ídolos, jugaban dos o tres años defendiendo los colores azul y rojo, integraban selecciones nacionales y luego se marchaban a otro equipo del rentado colombiano como grandes estrellas. La lista es larga: Rafael y Alfredo Arango, Pedro Vásquez, Hermenegildo Segrera, Jaime Deluque, «Tony» Salja, Didí y Carlos Valderrama, entre otros descolantes jugadores.

El Unión Magdalena es otro de los culpables del fracaso, siendo un equipo que se nutrió de la savia de nuestros jugadores con una escasa inversión por no tener una planificación, organización o estructura de empresa. Poco a poco este se fue diluyendo, pasando de gran exportador de jugadores a otros equipos profesionales del país, a ser solo un importador de deportistas sin la calidad de los nuestros —por eso se ve que todos los equipos de Colombia tienen sucursales en Santa Marta—. Por esta situación, en los últimos años hemos sido relegados a la categoría B del rentado colombiano.

Otro aspecto para analizar es el problema de las canchas. Hace veinte o treinta años, cuando Santa Marta tenía menos habitantes, se contaba con un gran número de campos

por toda la ciudad. En Pescaíto había tres canchas. Entre La Esperanza, Los Troncos y Manzanares había dos complejos más. En Perehuetano estaba la cancha del Liceo Celedón, y en Bavaria, la cancha del Sur. Gaira contaba con dos, más las dos en Mamatoco y Bonda. También estaban las canchas de Bastidas, del club del Terminal, de colegios como el San Luis Beltrán y la Normal; y, finalmente, las canchas en la bahía de Santa Marta, que se llenaban de jóvenes deseosos de ser observados. Los fines de semana, los aficionados se programaban para recorrer estos terrenos de juego y observar a los nuevos ídolos del fútbol magdalenense. A esto le sumamos el fútbol que se jugaba en las calles de los barrios, el cual hacía que los jugadores adquirieran y desarrollaran habilidades y destrezas invaluable.

Hoy en día, un aumento en la población ha permitido la creación de nuevos barrios. No existen espacios recreativos y la juventud no puede aprovechar las horas libres que le quedan después de la escuela; tampoco hay planes para implementarlos. Se ha dejado de ver la importancia de la necesidad de niños y jóvenes por esos espacios de integración, para aprovechar su tiempo en actividades positivas que beneficien su salud física y mental.

Cuánta falta hacen los torneos que se organizaban en la ciudad, de los cuales se alimentaba la Liga a la hora de hacer la convocatoria de sus selecciones. Estos eran:

- Torneo Intercorregimental, con los corregimientos de Taganga.
- Mamatoco, Gaira, Bonda, Minca y Guachaca.
- Torneo Comunal, organizado por Elías Rincón.
- Torneo Interdepartamental, con la participación de los diferentes municipios del Magdalena.
- Torneos en los barrios de la ciudad.
- Torneos vacacionales.
- Torneos interbarrios.
- Torneos municipales.

Con esta cantidad de campeonatos, la materia prima estaba garantizada. Cuando se hacía una convocatoria para organizar un seleccionado, la presencia de aspirantes era tal que la disputa por un cupo resultaba dura, pues los seleccionados conllevaban una enorme calidad. Grandes dirigentes como Chajón, Mario Cabrera, en la zona de Los Troncos; Francisco el «Sargento» Henao; «Caballito» Atencio, Aniolino Vives y demás se cansaron de organizar torneos porque su trabajo nunca fue estimulado y, finalmente, terminaron retirándose de esta actividad. En la actualidad, los torneos para los jóvenes magdalenenses se cuentan con los dedos de una mano.

Dado que la Liga no lo hace, se puede decir que una o dos entidades organizan estos eventos: Pescaíto y Ciudadela. Ya no se realizan los interdepartamentales, los intercorregimentales se acabaron, los partidos en las calles se diluyeron en el tiempo con la llegada del cemento a la bahía y a El Rodadero. No hay playas para jugar los vacacionales, que solo se hacen en la categoría de barrigones de veinticinco años, cuando los mejores momentos futbolísticos de sus participantes se han desvanecido.

El grave problema para los jóvenes que quieren ser futbolistas en el Magdalena es que no se tienen canchas, los torneos no tienen categorías y las escuelas no enseñan lo que deben enseñar. Se pueden utilizar las canchas los sábados y los domingos por la mañana, porque los diferentes torneos de «rodillones» —jugadores aficionados o exprofesionales— y los denominados torneos tártara —de jugadores con más de cuarenta años— predominan en la ciudad y hacen que solo los organizadores de los eventos se lucren. Así, el apoyo al fútbol del Magdalena es fantasmagórico. A pesar de que antes había menos habitantes y menos empresas, las que existían prestaban una inestimable colaboración al balompié vernáculo.

Cuando no existía Coldeportes<sup>3</sup>, toda actividad deportiva y de recreación era manejada por la Secretaría de Educación Departamental. Había pocas empresas patrocinadoras, como la Lotería del Libertador, Terminal, Colpuertos, Licorera del Magdalena, Ferrocarriles, Bavaria, entre otras. Estas compañías, además de apoyar económicamente, contribuían con un equipo en los torneos de la Liga. Hoy, a pesar de que se cuenta con Mindeportes; el Instituto de Deportes Departamental (Indeportes); la Oficina de Recreación, Cultura y Deporte; la Sociedad Portuaria; Metroagua; grandes multinacionales del carbón y otras entidades, aún no aparece el apoyo oficial o privado para el fútbol del Magdalena. Quizás se deba a cuestiones de mercadeo, pues no se puede apoyar algo que no vende y no sirve para la imagen de una empresa. Mejor dicho: nadie compra un producto que no sea bueno, lo que demuestra que el fútbol magdalenense ha perdido credibilidad y no le acompañan los resultados.

En la actualidad, se acude a las empresas para promover una selección, pero los dirigentes no hacen *lobby*, dejan la propuesta y no regresan. Además, los escándalos financieros de algunos dirigentes que han pasado por la Liga hacen que los empresarios duden del destino de su inversión económica. Con tristeza, retomo la frase del Poeta Sierra Silva que sentenciaba el origen natural de los jugadores samarios, para transformarla por: *En Santa Marta ni levantando un edificio sale un futbolista con la calidad de otrora*.

## **Cómo comenzó la justa donde Magdalena fue protagonista**

*Alberto Camilo Blanco Jiménez*

La historia de los Juegos Deportivos Nacionales data del año 1924, en la ciudad de Bogotá, donde la Asociación Deportiva Colombiana habló por primera vez de un torneo similar al que se venía realizando desde los Juegos Olímpicos de la era moderna (1896) en Grecia.

En 1925, el Gobierno nacional, liderado por el presidente Pedro Nel Ospina, expidió la Ley 8025 sobre «Educación física, clases de deportes y de las becas nacionales», la cual incluía la creación de los Juegos Olímpicos Nacionales, planificados para el año 1928.

3. El Departamento Administrativo del Deporte, la Recreación, la Actividad Física y el Aprovechamiento del Tiempo Libre (Coldeportes) fue fundado en los setenta y disuelto en 2020 para dar paso al nuevo Ministerio del Deporte colombiano (Mindeporte).

En julio de 1926, como ensayo a lo que se podría realizar en los Juegos de 1928, el Gobierno impuso la realización de los Juegos Olímpicos de Bogotá, contando con la participación de establecimientos educativos, las fuerzas militares y particulares nacionales o extranjeros no profesionales. Se programaron en cinco deportes: atletismo, fútbol, golf, tenis y polo. A pesar del éxito en las Olimpiadas de Bogotá y trabajos posteriores a favor del deporte, la Asociación Deportiva Colombiana se disolvió, lo que ratificó la injerencia del Gobierno; se continuó así con la reglamentación de los Juegos propuestos para 1928 y se expidió un decreto el mismo año en que se le otorgaba la sede de los Juegos Olímpicos Nacionales a la ciudad de Cali. Esta debía organizar el certamen entre el 25 de noviembre y el 10 de diciembre de 1928, pero se llevó a cabo el 22 de diciembre de 1928 y el 10 de enero de 1929, bajo la dirección de Hans Hubber, funcionario del Ministerio de Educación.

De aquella época se recuerda el triunfo de Santa Marta sobre Barranquilla en fútbol. Entre 1928 y 1941, los Juegos no entregaron un campeón general, puesto que se disputaron siempre deportes sin sumar medallas ni puntos. Sin embargo, como siempre, la lucha ha sido entre Antioquia y Valle.

De todos estos hechos hablaremos más adelante.

## **Historia de por dónde y cómo entró el fútbol a Colombia y los cuarenta años de éxitos deportivos de Santa Marta**

*Moisés Ponce Lozano*

El 8 de febrero de 1986 tuve la dicha de llegar a los ochenta y cuatro años de vida, y el 1 de mayo del mismo año cumplí bodas de oro: siete décadas y media de ininterrumpidas actividades deportivas. Por este motivo, un grupo de amigos muy apreciado me pidió que, antes de partir de este mundo, dejara escrita la historia de cómo y por dónde entró el fútbol a Colombia. En posesión de mis facultades, tanto físicas como intelectuales, me he dedicado a narrar los hechos y anécdotas acaecidas años atrás, ajustándome a la pura verdad para demostrar que fue por esta hidalga, legendaria e histórica Santa Marta, por su bella e incomparable bahía, por donde, procedentes de Inglaterra, llegaron los primeros jugadores de fútbol que dieron origen al conocimiento y propagación del más popular de los deportes.

Antes de comenzar la historia, quiero dar a conocer las razones por las que me considero en capacidad de cumplir el cometido de mis amigos, en especial el doctor Alfredo Ávila Jaramillo. Fui futbolista activo desde 1911 hasta 1928; entrenador —director técnico— del equipo Magdalena, cuatro veces campeón olímpico; cofundador de la Liga de Fútbol del Magdalena; fundador y primer presidente del Colegio de Árbitros del Magdalena; presidente de la embajada deportiva del Magdalena en las Olimpiadas de Bucaramanga; secretario ejecutivo del comité organizador de los IV Juegos Atléticos Nacionales de 1950, con tantos éxitos cosechados en esta ciudad; secretario ejecutivo del Campeonato Nacional

de Básquetbol celebrado en 1957, y muchas otras actividades relacionadas con el deporte profesional.

Empezaré en el año 1909. Mi papá, Víctor Daniel Ponce, me contaba que a comienzos del siglo, una vez puesto en marcha el ferrocarril que partía del puerto y llegaba hasta Río Frío, la empresa United Fruit Company embarcaba el banano con destino a los Estados Unidos de América en barcos de mil quinientas a dos mil toneladas; también que, en el mentado año, cuando las fruterías se habían extendido por todo lo largo y ancho de la zona bananera, los barcos que llegaban al puerto de Santa Marta eran transatlánticos ingleses de quinientas y seis mil toneladas, los cuales llevaban a Europa, especialmente a Inglaterra, hasta noventa mil racimos de bananos en cada viaje.

Los barcos ingleses llegaban puntualmente al puerto los jueves por la mañana y atracaban en el único muelle que existía entonces. El viernes al mediodía empezaba la labor de embarque de la fruta hasta el amanecer del sábado. Pero cierto día del año que nos ocupa, tal vez con el ánimo de distraerse o desperezar los músculos tras un viaje de unos quince días, la tripulación del vapor Tortuguero, perteneciente a la flota bananera, resolvió saltar a tierra. En el playón comprendido entre el terminal marítimo y la nueva estación del ferrocarril, los marinos improvisaron dos porterías y comenzaron a patear una pelota de cuero inflada —suerte de balón de fútbol— tratando de introducirla en la arquería contraria, la cual era defendida por un jugador llamado *goalkeeper* —portero o arquero—.

Por aquel entonces, Santa Marta apenas contaba con veinticinco mil habitantes y su área se limitaba a la que es hoy la calle 10C por el norte, la calle 19 —Burechito— por el sur, la línea del ferrocarril —hoy avenida Ferrocarril— por el este, y la bahía por el oeste. Como no se conocía este deporte, la admiración que causó en los vecinos del playón fue mayúscula, siendo ese el inicio del fútbol en Colombia, comentario obligado entre los habitantes de la ciudad.

La casa de mis padres estaba situada en la parte más cercana a la playa, en la antigua calle Cangrejal —hoy calle 11—, precisamente donde se levanta el edificio Posihueica. Cabe anotar que en sus alrededores no había edificación alguna y que, gracias a su ubicación, la casa tenía salida tanto para la calle como para la bahía; por consiguiente, la visión desde El Ancón hasta el fuerte de San Fernando estaba libre de obstáculos. Así, desde mi terraza, sentado en una mecedora, podía ver lo que ocurría en toda esa zona, lo que me permitía saber cuándo llegaban los ingleses para sus prácticas y así dirigirme al playón para observarlos.

El ensayo efectuado por el Tortuguero fue seguido por las tripulaciones del Zent, Reventazón y Colorado, los mentados barcos que componían la flota bananera inglesa. Estos hicieron costumbre en los samarios, que iban a verlos jugar con el balón todos los viernes por la tarde. Entre esos espectadores era yo de los primeros, que apenas contaba con siete años.

Es preciso contar que, en la calle Cangrejal, en la casa marcada con el número 1C-28, tenía su sede la sociedad de temperantes denominada Zamacois, cuyos socios, entre otros, eran: Gustavo Gnecco, padre del magistrado de la Corte Suprema de Justicia, el doctor José Eduardo Gnecco Correa; Antonio Lozano Freile; Roberto Bisbal; Mario Olaciregui; Benjamín Armenta; Luis Bermúdez, Néstor Diazgranados; Marcelo Heymans y Ángel Núñez. Estos,

atraídos por la curiosidad y por los comentarios que rondaban públicamente, se dirigieron al playón para ver cómo jugaban los ingleses.

En una de las reuniones periódicas del Club Zamacois, se resolvió que, por conducto de Marcelo Heymans, secretario de la empresa del ferrocarril que hablaba correctamente el inglés, se informara a los ingleses que los socios del Zamacois formarían un equipo con el objetivo de jugar contra ellos, lo que fue recibido con mucho agrado por los marineros. La solicitud fue que, a vuelta del viaje, le trajeran un balón y un reglamento de fútbol.

Así fue como, un buen día del año 1909, se jugó por primera vez en Colombia un partido, aunque este fuera apenas un remedo de encuentro futbolístico.

Según lo acordado, el balón y el reglamento fueron traídos y recibidos por Marcelo Heymans y la traducción fue efectuada por Luis Miguel Cotes, distinguido caballero de nuestra sociedad y miembro activo del Club Deportivo de Santa Marta. Cotes se dedicó a estudiar detenidamente el documento y a poner en ejecución los lineamientos durante las prácticas del Deportivo y los encuentros entre ingleses y samarios. Esto ocurría los viernes de todas las semanas del año, es decir, eran cincuenta y dos partidos, además de los que se jugaban entre el Deportivo, el Liceo Celedón, la Normal, el Nariño y Unión Magdalena, que eran frecuentes.

La actividad del español Luis Miguel Cotes fue consagratoria, si se considera que en ese entonces no había jueces de fútbol, lo que lo convirtió en el primer árbitro de este país. Sus conocimientos sobre las reglas que gobiernan el deporte del fútbol fueron asimilados por los amantes de esa disciplina, surgiendo así en Santa Marta mentados árbitros, como lo veremos más adelante.

Los socios del Club Zamacois ya habían cambiado su nominación y propósitos por Club Deportivo de Santa Marta, con estatutos, reglamentos y personería jurídica. Contando con la misma sede social Zamacois, se convirtió en el primer y único club deportivo existente en Colombia. La lista de jugadores fue la siguiente: Marcelo Heymans, como *goalkeeper* o portero; Simón Solano García y Alfredo González Pettersson, *banks* o zagueros; Manuel Julián de Mier, Néstor Diazgranados y Agustín Correa García, *halfbacks* o medios; José María Diazgranados, Bambino Bermúdez, Ángel Núñez, Nicolás Daníes y un inglés de apellido Banfield, *forwards* o delanteros.

Teniendo en cuenta que los terrenos del playón, además de anegarse con las lluvias, eran salitrosos y llenos de hoyos de cangrejos —por eso sería bautizada como calle Cangrejal—, los socios del Club resolvieron conseguir un terreno apto para jugar fútbol. Sin pensar en que con esto estaban erigiendo el primer templo de fútbol del país, optaron por talar un trupillal que más tarde se convertiría en la gloriosa cancha de La Castellana, esa sí, cuna del fútbol en Colombia.

Los integrantes del Club Deportivo, con un grupo de jornaleros provistos de machetes, picos y hachas, tumbaron los trupillos y tunales al nordeste de la ciudad en un área de ciento cincuenta por cien metros. La orientación de la cancha se proyectó inicialmente de norte a sur, pero se tropezó con el inconveniente de que por el norte quedaba una loma —que ya

hoy no existe— llamada el Cerrito de la Viuda, mientras que por el sur estaban las casas de unos jamaquinos traídos por la empresa del ferrocarril para el tendido de los rieles. Entre estos dos obstáculos, cerrito y casas, no había espacio suficiente para una cancha de ciento cinco por setenta y cinco metros, que era la medida exigida por el reglamento; gracias a lo cual la orientación del terreno se dispuso de este a oeste.

Aguijoneado por la curiosidad, una vez me acerqué a uno de los vecinos del aquel lugar y le pregunté por qué lo llamaban el Cerrito de la Viuda. Uno de ellos me contó la siguiente historia.

Vivía en las casas a las que antes me he referido un matrimonio de avanzada edad, y uno de los cónyuges, el marido, falleció de muerte natural. Su viuda, que jamás se conformó con la pérdida del marido, se dirigía todas las tardes al cerrito a rezar por su compañero y a llorar su pena, razón por la cual los pobladores acabaron bautizándolo así.

Por su parte, el nombre de la nueva cancha surgió porque, en la pequeña ensenada que queda al norte del terreno de fútbol, había una casa de material muy bonita donde habitaba un español que tenía un cultivo de uvas. En su frente, la casa titulaba *La Castellana*, por lo que el antiguo trupillal, ahora complejo deportivo, se quedaría con ese mismo nombre.

La existencia del Club Deportivo de Santa Marta se extendió por treinta años. Este llegó a tal grado de organización que, cuando se trasladó a su nueva sede en la calle Grande — hoy calle 17, donde funciona el Teatro Santa Marta—, contaba con trecientos socios que contribuían con una cuota mensual de dos mil pesos para su sostenimiento. En aquella sede los accionistas podían divertirse, pues contaba con un salón de billar, una biblioteca, un salón de conferencias, un salón para juego de damas y ajedrez, un cuadrilátero de boxeo y una pequeña cancha de tenis. En ese *ring* fue donde Abraham Moss —Harry Wills—, bajo la égida de don José Diazgranados, presidente del Club, llegó a ser el mejor boxeador de su época.

Se preguntarán cómo era posible que en una casa cupieran tantos servicios. Quiero decirles que dicha mansión era una de las más grandes de la ciudad, y su área, entre casa y patio, cubría todo el espacio del Teatro Santa Marta; es decir, comprendía desde la calle 16 hasta la 17.

Además del Club Deportivo de Santa Marta —que, como queda dicho, se fundó en 1909—, bajo la rectoría del doctor Arturo Acuña, en 1910 se organizó un equipo de fútbol en el Liceo Celedón compuesto por los alumnos internos, y otro en la Escuela Normal para Varones —la cual regentaba el nunca bien lamentado pedagogo Manuel F. Núñez—, que competía contra el del Liceo. Con esto, me viene a la memoria una anécdota.

Una vez que se jugaba un partido entre la Normal y el Liceo Celedón en la cancha de La Castellana, hubo una discusión sobre la validez de un gol que reclamaba la Normal. El señor Núñez se dirigió al centro del campo donde se encontraba el árbitro, que era Luis Miguel Cortes —el primero y único en Colombia en esa época—, y le dijo: «Señor árbitro, ¿hubo un gol o no gol? Porque si hubo gol, ¡que viva la Escuela Normal!». Como se verá, Núñez tenía su vena de poeta por la euforia del momento y que comentarios como este eran espontáneos en él.